

El camino de las hormigas

Elmira Colichón

-Alrededor de la calle Edwould, aquí, en los suburbios de Conecty Hill, todas las casas son iguales, porque el banco así lo quiso antes de vendérselas y porque hay una especie de tácita obsesión en nosotros por mantenerlas así, se ve bien, ¿no? Cuando cortamos el gras, por ejemplo, vigilamos el tamaño del jardín del vecino, no queremos que los centímetros de más o de menos rompan la simetría después de todo tan trabajosa, créanos, mantener las paredes blancas, exactamente blancas, no es tarea sencilla... Por supuesto que tendrá que mantenerlas igual, no, no, por el costo no se preocupe, el vecindario ya resolvió eso hace mucho, hay una distribuidora muy cerca que nos provee a todos de los materiales, precio al por mayor, claro, y luego lo pagamos de forma conjunta a la administración de vecindario, ¿que la ha visto? Sí, esa misma, un almacén con un cartel enorme que dice "uni", sí, sí, la dueña parece una bruja marchita, en efecto, ese mismo lugar, si se ha fijado en los precios sabrá que de por sí ya son cómodos, imagínese con el descuento que nos hacen especialmente a los vecinos de Edwould, bien, ya llegamos, esa del frente es la casa, no, esa no, la 858, esa misma, sí, como le dije, idénticas, pase, vaya tomando asiento... Y bien, ¿le gustó lo que ha visto hasta el momento? ¡Es lo mismo que dije yo cuando vi la mía! Sala y comedor generosos y mucha luz por los vitrales... Uy... Un momentito, está sonando mi móvil...

La Sra. Marta –así se presentó la vendedora y vecina de Conecty Hill- sale un momento de la casa. Es una señora bien plantada, que se mantiene joven con meticulosidad y con gestos firmes, seguro producto de su rol de mujer moderna. De la familia dueña de la casa me ha dicho poco: se mudan todos a Europa, exigencias del trabajo del jefe de familia, están apurados y dejan las cosas. La casa, para venderse amoblada, no está a mal precio, la zona es segura y céntrica; solo me asusta que los vecinos estén tan organizados. Doy un par de vueltas más por la sala –no termino de creer lo immaculada que está. Miro el reloj con un marco dorado que se estira en varias puntas, emulando al sol, sobre una de las columnas, y el de mi muñeca: con diferencia de dos minutos, ambos indican que la Sra. Marta se ha ausentado ya quince. Llamo a su móvil, me dice que ha tenido un contratiempo urgente, que puedo, con toda confianza, ver el inmueble por mi cuenta. Suspiro, aliviado, porque la verborrea de la Sra. Marta seguramente iba a terminar ofuscándome. La decoración, impersonal y aburrida como la de una oficina impersonal y aburrida, me impide pensar en los dueños más a allá de su clase media, de su acartonada decencia. Un escaparate –intento abrirlo, está cerrado con llave- recela un grupo de libros, todos *best sellers* en inglés, naturismo, yoga y afines. No parecen haber sido tocados. Sobre la alacena del comedor, una serie de figurillas indias, todas falsificaciones de artesanías mejores, son dignas a pesar de todo. ¿Qué haré con ellas cuando me mude? No puedo permitirme ese folclor barato sin perder el respeto de mis hijos, que ya me odian por forzarlos a una mudanza. La cocina, contigua a la lavandería, tiene alacenas espaciosas, y eso me decepciona, tendré que pensar qué tanto guardaré ahí. El

lavabo reluce, pero no oculta todas sus batallas. La familia, pienso, y casi puedo ver la rutina de los mil y un desayunos, los niños pidiéndoles a los padres permiso para un perro, aunque sea pequeñito como el de Paris Hilton, y estos negándose con el argumento de las alfombras y el orden irrefutable de aquel fortín de la limpieza –he acercado mi nariz a la superficie de la mesa de la cocina e, inverosímilmente, no huele siquiera a cebolla. Esa desnaturalización del espacio me llena de ansiedad, quiero encontrar un pelo enredado en los baños –inútil: destellan con la fuerza de su olor a desinfectante, que invade mis fosas nasales, se atora un buen rato en mi cerebro-, alguna mancha tenaz al detergente que, sobre los cubrecamas, delate la intimidad de sus habitantes, deterioro, uso, corrupción. En vano. La habitación de los niños parece de ancianos, la de los padres, de seres inmateriales. Con alegría, mientras me tiro debajo de la cama en busca de una telaraña esquinada en los ángulos de la tarima, detecto un camino de hormigas. Cierran la puerta principal. De pie, entiendo que es la Sra. Marta. Para darle gusto, le permito que me muestre todas las habitaciones nuevamente y sí, en efecto, su ráfaga de sentidos comunes, su apología de las buenas costumbres imposibles de soslayar viendo el espectáculo que es cada cosa en el lugar de esa casa, me turba, me hace creer que, en cierto sentido, estoy viendo innumerables casas, todas iguales, laberínticas, opresivas. ¿A qué se dedican el padre y la madre? Pregunto para callarla, mientras, otra vez en el dormitorio principal, sigo con la mirada el camino de las hormigas que ahora noto al primer golpe de vista, largo, en mi cabeza infinito, una serpentina delgadita y oscura, delicada, pero tenaz, lo sigo con la mirada, indiferente a la reseña de la Sra. Marta sobre una familia tan intachable como esa, sigo el camino con los pasos, la Sra. Marta ensimismada -¿cierra los ojos para inspirarse?- , la dejo hablando sola, con unos cuantos pasos lo que las hormigas deben considerar continentes, debajo de algunas puertas, de la pared a los zócalos lustrosos, entre las patas de los muebles, sigo, tras ellas, concentrado en sus cuerpecillos negros, no me importa ya cuán persuasivo pueda ser el orden de todo lo demás, esos cuerpecillos me llevan de la nariz hasta un punto en el que se detienen, ¿un hormiguero?, es un boquete demasiado grande detrás de un espejo, podría pasar sin esfuerzo la cabeza de un niño, quizá el cuerpo entero. ¿Qué tanto hacen ahí las hormigas? Parecen enloquecer, vibrar, como si las mataran o como si ellas estuvieran matando. La señora Marta me jala del brazo, no me hace caso cuando le hablo de las hormigas, me acorralla con más virtudes, yo ya no la oigo, le pido permiso, finjo una llamada, dejo atrás la casa y trato de sacarme de la cabeza, de regreso al departamento, la horrible figura que las hormigas se estaban tragando.